

*Agatha Christie®*

# LA MUERTE DE LORD EDGWARE



Engaños y coartadas  
sospechosas en un nuevo  
caso para **POIROT**

AGATHA CHRISTIE

LA MUERTE DE LORD EDGWARE

Traducción de José Mallorquí Figuerola



*Lord Edgware Dies* © 1933 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.  
[www.agathachristie.com](http://www.agathachristie.com)

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.  
Used with permission.  
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Ilustraciones de la cubierta: © Ed

*Agatha Christie*<sup>®</sup>

Traducción de José Mallorquí Figuerola © Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:  
Espasa Libros, 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C

Primera edición: enero de 2024  
ISBN: 978-84-670-7215-0  
Depósito legal: B. 20.832-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Egedsa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Capítulo 1

## UNA REPRESENTACIÓN TEATRAL

**E**l público es muy olvidadizo. El asesinato de George Alfred Saint Vincent Marsh, cuarto barón de Edgware, que tan intensamente apasionó a todo el mundo, ha caído ya en el olvido y otros hechos posteriores han acaparado el interés de la opinión pública.

Debo confesar que, por expreso deseo de mi amigo Hércules Poirot, su nombre no figuró en el suceso, ya que si intervino en él no fue por su propia voluntad. Los laureles, por tanto, se los llevaron los demás, como él quería, pues, desde su punto de vista, aquello constituyó uno de sus fracasos, ya que si consiguió ponerse por fin sobre la verdadera pista del criminal fue debido a que por casualidad oyó en la calle cierta conversación que sostenían dos desconocidos.

De todos modos, lo cierto es que él fue quien descubrió al asesino. Sin la astucia de mi amigo, el crimen no se le habría adjudicado a la persona correcta.

Y ahora creo que ha llegado el momento de explicar lo que sé del suceso, y debo añadir que al relatarlo cumplo los deseos de una de las mujeres más hermosas que he conocido. Me acordaré siempre del día en que Poirot, paseándose a grandes zancadas por la habitación de nuestra casa, nos contó lo ocurrido.

Mi relato empieza en un teatro de Londres, en el mes de junio del pasado año. Por entonces hacía furor la actriz

Charlotte Adams. El año anterior había debutado con gran éxito y estuvo trabajando unos días. Pero al siguiente actuó durante tres semanas en uno de los más importantes teatros de la capital, y aquella era la noche de su despedida.

Charlotte Adams era una muchacha estadounidense de gran talento. Se presentaba en escena sola, sin maquillaje y sin ningún decorado. Su trabajo consistía en imitar a un sinfín de personalidades de todos los países. Hablaba con facilidad varios idiomas. Uno de los números de su repertorio, *Una noche en un hotel extranjero*, era realmente asombroso. Parodiaba, uno tras otro, a estadounidenses, a turistas alemanes, a toda una familia inglesa de clase media, a muchachas de dudosa moralidad, a nobles rusos arruinados, sin olvidarse de los serviciales camareros.

Las escenas representadas eran alegres y tristes, alternativamente. Por ejemplo, la *Muerte de una mujer checoslovaca en un hospital* hacía que a los espectadores se les formara un nudo en la garganta; pero al poco rato se desternillaba uno ante la amabilidad de un dentista con sus futuras víctimas.

La función terminaba con lo que ella llamaba *Algunas imitaciones*, en las cuales estaba de nuevo maravillosa. Sin la menor caracterización, sus rasgos parecían deformarse para adquirir los de algún célebre político, los de alguna actriz famosa o los de alguna bella y mundana mujer. Interpretaba a cada personaje con la manera de hablar especial que requería, resultando maravillosamente exacta. Una de sus últimas imitaciones fue la de Jane Wilkinson, una inteligente artista estadounidense, célebre en Londres por su cálida voz. Yo había sido un gran admirador suyo. Me entusiasmaba su forma de actuar y muchas veces llegué a pelearme con quienes decían que de hermosa tenía mucho, pero de artista nada.

Resultaba extraño escuchar en boca de Charlotte Adams esa conocida y cálida voz, aquel tono fatalista que tan a menudo me había cautivado, y ver el gesto, aparentemente conmovedor, de la mano que se cierra y se abre con lentitud, así como la súbita sacudida hacia atrás de la cabeza para retirarse el pelo de la cara, algo que siempre hacía al final de una escena dramática.

Jane Wilkinson era una de esas actrices que dejan el teatro al casarse, pero que a los pocos años vuelven a él.

Tres años antes se había casado con lord Edgware, un hombre riquísimo aunque algo excéntrico. Corrieron rumores de que lo abandonó al poco tiempo. Lo cierto fue que año y medio después de la boda empezó a trabajar en unos estudios cinematográficos de Estados Unidos, y que en aquella temporada interpretó algunas obras en Londres.

Al ver la inteligente pero quizá un poco maliciosa imitación de Charlotte Adams se me ocurrió preguntarme qué pensarían sus protagonistas. ¿Les complacería la notoriedad, por la publicidad que proporcionaba? ¿O les molestaría lo que, después de todo, era un acto deliberado de exposición de los trucos de su oficio? Quizá Charlotte Adams era como un prestidigitador rival que exclama: «¡Oh, este es un truco muy viejo! ¡Es muy simple! ¡Os mostraré cómo se hace!».

Decidí que, si yo fuera el sujeto en cuestión, estaría muy molesto. Por supuesto, debería ocultar mi enfado, pero decididamente no me gustaría. Se necesita una gran amplitud de miras y un marcado sentido del humor para apreciar una exposición tan despiadada.

Uno de los gestos de Charlotte Adams al imitar a Jane Wilkinson me hizo soltar una alegre carcajada, que fue seguida por otra que alguien lanzó a mi espalda. Me volví para ver quién era y me encontré ante la propia imitada, lady Edgware, más conocida como Jane Wilkinson.

Al terminar la representación, la actriz aplaudió calurosamente y, riéndose, se volvió hacia su acompañante, un hombre muy apuesto que recordaba en algo a las estatuas griegas, y en quien reconocí a uno de los artistas más famosos de la pantalla, Bryan Martin, el héroe cinematográfico del momento. Él y Jane Wilkinson habían aparecido juntos en varias películas.

—Es maravillosa, ¿verdad? —decía lady Edgware.

Él se echó a reír.

—Estás muy entusiasmada, Jane.

—Pero ¡si es estupenda! Lo hace mucho mejor de lo que yo creía.

Lo que ocurrió más tarde fue una verdadera coincidencia.

Después del teatro, Poirot y yo fuimos a tomar algo al Savoy. En una mesa próxima a la nuestra, estaban lady Edgware, Bryan Martin y otras dos personas que yo no conocía. Le hice notar a Poirot que nos encontrábamos al lado de lady Edgware. Mientras se lo estaba diciendo, otras dos personas, un hombre y una mujer, se sentaron a una mesa cercana. El rostro de ella me era familiar, aunque al principio no pude recordar de quién se trataba. De pronto me di cuenta de que era Charlotte Adams. A su acompañante no lo conocía. Era un joven alto, de rostro simpático, pero algo atontado.

Le dije a Poirot quién era la recién llegada, y mi amigo miró hacia su mesa y también hacia la de Jane Wilkinson.

—¿Es esa lady Edgware? ¡Sí, ahora recuerdo!... La he visto trabajar alguna vez; es una *belle femme*.

—Y una gran actriz.

—Quizá.

—No parece muy convencido.

—Creo, amigo mío, que su triunfo se debe a los que la rodean —dijo Poirot—. Si tiene el principal papel de la obra, si todos se mueven a su alrededor como sombras, cla-

ro que destaca; pero dudo que pudiese hacer un papel de los que llaman de carácter. Además, la obra se escribe para ella. A mí me da la sensación de que es una mujer egocéntrica. —Se detuvo un momento y luego añadió—: Las personas así corren en su vida un gran peligro.

—¿Un peligro?

—Por lo que veo, he usado una palabra que le sorprende, *mon ami*. —Y repitió—: Sí, peligro. Porque una mujer semejante no ve más que una cosa: a sí misma. Esas mujeres no se dan cuenta de las penas que existen, de los infinitos dolores que las rodean, de los conflictos de la vida. No tienen presente más que sus propias preocupaciones. Y tarde o temprano... sucede un desastre.

Su apreciación era interesante, y me pregunté por qué no se me había ocurrido a mí pensar en ello.

—Y la otra, ¿qué le parece?

—¿La señorita Adams? —Miró hacia su mesa—. Bien —dijo sonriendo—. ¿Qué quiere que le diga de ella?

—Pues lo que le parece.

—*Mon cher*, ¿soy acaso esta noche un adivino de la buenaventura, que lee en la palma de la mano el carácter?

—Lo haría mejor que muchos —afirmé.

—Hermosa fe la que tiene en mí, Hastings; seguro que cree que me emociona. Usted sabe, amigo mío, que cada individuo es un oscuro misterio, un laberinto de conflictos, pasiones, deseos y aptitudes. *Mais oui, c'est vrai*. Uno se forma una idea, hace un juicio; pero, de diez veces, nueve está equivocado.

—Pero no Hércules Poirot.

—También Hércules Poirot. Ya sé que piensa que soy un vanidoso; sin embargo, yo le aseguro que soy una persona humilde.

Me reí.

—¿Usted, humilde?

—Así es. Menos en lo que se refiere a mi bigote, lo con-



fieso; porque he observado que no hay otro en Londres que se le pueda comparar.

—Ya puede estar seguro —dije. Y añadí—: ¿No quiere decirme el juicio que le merece Charlotte Adams?

—*Elle est une artiste* —respondió Poirot sencillamente—. Eso es todo.

—Bueno, pero ¿no sabe si corre también algún peligro?

—Todos lo corremos —sostuvo Poirot con gravedad—. La desgracia pende siempre sobre nuestras cabezas. Y respecto a su pregunta —añadió—, le diré que me parece astuta y algo más. Supongo que se habrá fijado en que es judía, ¿verdad?

No me había fijado; pero, al decírmelo él, advertí en la artista rasgos de su ascendencia semítica.

—Eso es una ventaja, pero al mismo tiempo es un peligro.

—¿Qué quiere decir? ¿A qué se refiere?

—Al amor al dinero; porque el amor al dinero es lo que hace a veces olvidar la prudencia.

—Eso nos puede pasar a todos —dije yo.

—Cierto, pero en cualquier caso usted o yo veríamos el peligro que lo rodea. Podríamos sopesar los pros y los contras. Si usted se preocupa demasiado por el dinero, es solo el dinero lo que ve, todo lo demás está en la sombra.

Me reí de su seriedad.

—Esmeralda, la reina gitana, está en buena forma —comenté con calma.

—La psicología del personaje es interesante —respondió, sin inmutarse—. Uno no puede estar interesado en el crimen sin estarlo en la psicología. No es el mero acto de matar, es lo que hay detrás lo que atrae al experto. ¿Me sigue, Hastings?

Dije que lo seguía perfectamente.

—He notado que, cuando trabajamos juntos en un caso,

siempre me está instando a entrar en acción, Hastings. Quiere que busque huellas, que analice cenizas de cigarrillos, que me tumbé boca abajo para examinar el suelo al detalle. Nunca se da cuenta de que, recostándose en un sillón con los ojos cerrados, uno puede acercarse a la solución de cualquier problema. Uno ve entonces con los ojos de la mente.

—Yo no —repliqué—. Cuando me reclino en un sillón con los ojos cerrados, ¡una cosa me sucede y solo una sola cosa!

—¡Lo he notado! —dijo Poirot—. Es extraño. En tales momentos el cerebro debería estar trabajando febrilmente, no hundirse en un reposo placentero. ¡La actividad mental es tan interesante, tan estimulante...! El uso de las pequeñas células grises es un placer psíquico. Se puede confiar en ellas y solo en ellas para que le lleven a uno a través de la niebla hasta la verdad...

Me temo que he adquirido el hábito de distraerme cuando Poirot menciona sus pequeñas células grises. Lo he oído demasiadas veces.

En aquel momento llamaron mi atención las cuatro personas sentadas a la mesa vecina.

—Me parece que ha hecho una conquista, Poirot. La hermosa lady Edgware no le quita ojo.

—Sin duda le habrán dicho quién soy —dijo Poirot, aparentando modestia.

—Me parece que es por su famoso bigote. Debe de estar asombrada de su belleza.

Poirot se lo acarició, sonriendo:

—Realmente es único, amigo mío. «El cepillo de dientes», como dice, a veces causa efectos sorprendentes.

—¡Caramba! Lady Edgware se levanta, al parecer con intención de hablarnos; Bryan Martin se opone, pero ella no le hace caso.

Jane Wilkinson se había levantado impetuosa de su si-

lla y venía hacia nosotros. Poirot se puso en pie y yo hice lo mismo.

—Es usted monsieur Hércules Poirot, ¿verdad? —preguntó con su armoniosa voz.

—Servidor de usted, madame.

—Monsieur Poirot, deseo hablarle, necesito hablarle.

—Estoy a sus órdenes. ¿Quiere sentarse?

—No, aquí no. Quisiera hablarle en privado... Podemos subir a mis habitaciones.

Bryan Martin se había acercado a nosotros y dijo riendo:

—Espera un poco, Jane; ten en cuenta que estamos en mitad de la cena.

—Y ¿eso qué importa, Bryan? Pueden subirnos la cena, ordénalo tú mismo y... Oye, Bryan...

Fue tras él y le dijo algo en voz baja. Mientras hablaban miraron varias veces hacia donde estaba Charlotte Adams, por lo que supuse que se ocupaban de ella.

Después, Jane vino hacia nosotros, radiante.

—Ahora ya podemos subir —dijo.

La idea de que pudiéramos no aceptar su invitación ni siquiera se le pasó por la cabeza.

—Ha sido una suerte que le viese a usted esta noche —comentó mientras nos dirigíamos al ascensor—. Parece mentira lo bien que me salen a mí las cosas. Estaba preocupada con lo que debía hacer, y de repente le veo a usted en la mesa próxima y me digo: «Monsieur Poirot me aconsejará». —Se detuvo para decirle al ascensorista—: Segundo piso.

—Si puedo serle útil en algo... —empezó Poirot.

—Estoy segura de que usted puede serme de gran utilidad; he oído decir que es el hombre más maravilloso que existe. Yo creo que es el único que puede sacarme del enredo en el que estoy.

Llegamos al segundo piso, y avanzamos por el corredor

hasta que se detuvo ante una de las habitaciones más lujosas del Savoy.

Abandonó sobre una de las sillas su abrigo, de color blanco, y se dejó caer en una butaca.

—¡Oh! —exclamó—, de una manera u otra quiero verme libre de mi marido.